

parte empírica, porque entonces había que anteponer las condiciones naturales fundamentales de toda existencia política, partiendo de los supuestos más simples. (Ver W. Jaeger, *Aristóteles*, p. 298-335).

10. SAN AGUSTÍN

a) Primeros contactos entre el Cristianismo y la Filosofía

Entre los grandes filósofos griegos y San Agustín y Santo Tomás de Aquino, media el hecho central de la historia humana: el advenimiento a este mundo de Jesucristo, el Señor, y la fundación y el desarrollo progresivo de su Iglesia.

Este hecho inaugura una nueva situación para toda filosofía posible en el futuro, según sea la actitud que asuma frente a una Verdad que se autorrevela, manifestándose en la Historia de los hombres.

Ahora bien, el Cristianismo no entró al mundo como una filosofía, sino como una Religión revelada, es decir, como un camino de salvación y de redención para todos y cada uno de los hombres, a los que exigía la conversión total del corazón en la fe al testimonio de Dios. Sin embargo, bien pronto el Cristianismo tuvo que entrar en contacto con la Filosofía, puesto que su vocación de "encarnación" no podía excluir nada de lo que es humano, y mucho menos, lo que es más alto en la sabiduría natural del hombre.

Además, se dieron razones históricas concretas. En primer lugar, al penetrar en la sociedad de ese tiempo, la nueva religión tuvo que asumir la tarea de defenderse de los ataques lanzados en los ambientes de los hombres cultos. En efecto, los autores cristianos de la Iglesia primitiva se dirigieron al auditorio pagano,

debido a la cruel persecución que sufrieron los seguidores de Cristo por todo el Imperio romano. Así, a mediados del siglo II (por el año 150), surge una extensa literatura por medio de la cual los cristianos se defendían ante la opinión pública del paganismo. Pero, a fin de poder asumir la defensa de sus creencias, estos abogados apologistas tienen que encontrar una base común que les permita entablar una verdadera discusión. Y esta base no podrá ser otra que la cultura griega de la época. De este modo, aparecen las obras de San Justino Mártir (dos Apologías y el famoso *Diálogo con el judío Trifón*); de Arístides (*Apología*) y de Atenágoras (*Legación en favor de los cristianos*, y *Tratado sobre la resurrección de los muertos*).

En particular, los cristianos eran acusados de: canibalismo, ya que en la Eucaristía decían comer la carne de su Dios hecho hombre; de ateísmo, pues no veneraban los dioses del Estado; y de subversión política, porque negaban los honores divinos al mismo Emperador. De todo esto y mucho más había que defenderse, no de cualquier manera, sino con argumentos filosóficos. Al fin y al cabo, ¿no sufrió el filósofo Sócrates la muerte de un mártir por defender filosóficamente un concepto más puro de la divinidad? (Ver: San Justino, *Primera Apología* V, 3). Como acertadamente concluye Jaeger: "Tales eran los problemas a que se enfrentaba el movimiento cristiano en expansión en tiempos de los apologistas. A través de la puerta que ellos abrieron, penetraron la cultura y la tradición griegas a la Iglesia y se amalgamaron con su vida y doctrina. Alboreaba la época de los grandes maestros y pensadores del Cristianismo primitivo." (W. Jaeger, *Cristianismo primitivo y Paideia griega*, o.c., p. 56-57; ver: p. 44-57).

Posteriormente, a partir del siglo IV, cuando la Iglesia se estableció con más firmeza, ya no sólo se encuentran elementos filosóficos dispersos diseminados en las Apologías, sino que la dimensión propiamente filosófica se hace más reconocible. La razón está en la necesidad interna —y no sólo externa— que

experimentan los cristianos: el deseo natural de comprender en lo posible los datos revelados por Dios, penetrándolos intelectualmente, formándose así una concepción totalizadora de la vida y del mundo, a la luz de la fe.

Ahora bien, era lógico que los cristianos se dirigieran a la filosofía imperante en su tiempo. ¿Cuál era ésta? Consistía fundamentalmente en un platonismo o neoplatonismo, que va a continuar por largo tiempo dominando en el pensamiento filosófico cristiano. Podemos recordar aquí los nombres de: los alejandrinos Clemente y Orígenes; San Basilio, San Gregorio de Nisa y San Gregorio de Nacianzo. Con ellos ya llegamos a fines del siglo IV.

En definitiva, en el pensamiento de los Padres de la Iglesia (período "patrístico"), fue Platón el pensador griego que, de hecho, consiguió mayor estima e influencia. Y aquí, pero en la Iglesia latina de Occidente, se ubica la cumbre filosófica que representa San Agustín.

En cambio, la asimilación y conciliación del sistema aristotélico con la Teología cristiana, estaban reservadas al genio de Santo Tomás de Aquino, en el punto culminante de la Edad Media.

b) Vida y obras de San Agustín

San Agustín nació en Tagaste, África del norte, en el año 354. Su padre, de nombre Patricio, era pagano, y su madre fue Santa Mónica. Ésta educó a su hijo como cristiano, pero el bautismo fue diferido, según la costumbre de la época. Agustín recibiría el bautismo a los 33 años de edad. Estudió primero los rudimentos del latín, aritmética y algo de griego. Luego, literatura latina.

Patricio muere en el año 370 después de haberse hecho católico. Agustín prosigue sus estudios de Retórica en la ciudad de

Maniqueísmo = doctrina dualista. "Alma es cosa del bien, buena y la materia es cosa del mal, mala".
Gustavo Casas

Cartago. Aquí, en esta urbe licenciosa, rompió en la práctica con los principios morales del Cristianismo, pero sin descuidar sus estudios.

Poco después se hace maniqueo. El Maniqueísmo, fundado por Manes en el siglo III, tuvo su origen en Persia, y era una mezcla de elementos persas y cristianos. Sostenía una doctrina dualista: el alma es obra del principio bueno, en cambio la materia es obra del principio malo. Quizás pensaba Agustín poder atribuir a una causa mala exterior a sí mismo, todo el desorden de sus pasiones.

Siendo ya Maestro de Retórica, partió para Roma, donde esperaba mayor éxito en su carrera docente. Luego pasó a Milán (384). Su fe maniquea se iba debilitando. En aquel tiempo oyó los sermones de San Ambrosio y leyó ciertos tratados "platónicos" (probablemente las Ennéadas de Plotino). Esto lo ayudó para liberarse del materialismo, pues pudo concebir realidades espirituales, cosa que antes le había resultado imposible. Pensó entonces que el Cristianismo era razonable. Comenzó a releer el Nuevo Testamento, especialmente San Pablo. Aquí se encontró con la exigencia de llevar la vida de acuerdo con aquella abstracción espiritual que le había abierto el neoplatonismo.

Comienza entonces la intensa lucha moral que culminó en la famosa escena del jardín de su casa. "Mas he aquí que oigo de la casa vecina una voz, como de niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces: 'Toma y lee, toma y lee'. Así que, apresurado, tomé (el libro del Nuevo Testamento) y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos, y decía: 'An demos honestamente, como de día; no en orgías ni en borracheras; no en casas de prostitución ni desenfrenos; no en disputas ni envidias; al contrario, vestíos del Señor Jesucristo, y no os cuidéis de la carne para satisfacer sus pasiones.' (Romanos 13, 13). No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues enseguida, como si se hubiera infundido en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas." (*Confesiones*, Libro VIII-12. *Obras de San Agustín*, p. 339-340).

• Sabiduría cristiana como y todo
• Hombre concreto, que tal vez capte de alcanzar la verdad
• Origen + contexto de las confesiones
• Introducción a la Filosofía
• Santo de la Iglesia q' va a iluminar todo el pens. cristiano d

La vida de Agustín quedó cambiada para siempre. Estamos en el verano del año 386. Agustín tenía 32 años de edad.

Al año siguiente fue bautizado por San Ambrosio, y poco después regresó a África. De vuelta a Tagaste, fundó una pequeña comunidad monástica. Fue ordenado sacerdote el 391. Cuatro años más tarde fue consagrado Obispo de Hipona, donde permaneció hasta su muerte, acaecida en el año 430.

Los vándalos sitiaban a Hipona. San Agustín murió durante el mismo sitio, rezando los Salmos penitenciales.

Las obras de San Agustín son escritos primordialmente teológicos, fuera de pocas excepciones. Lo "filosófico" está esparcido por toda su obra, porque él veía la sabiduría cristiana como un todo. Pensaba, más que en el hombre "natural", en el hombre concreto, caído y redimido, que es ciertamente capaz de alcanzar la verdad, pero que necesita de la gracia divina para apropiarse de la verdad salvadora. "La razón tiene un papel que desempeñar para llevar al hombre hacia la fe, y, una vez que el hombre tiene ya fe, la razón tiene un papel en la penetración de los datos de dicha fe; pero es la relación total del alma a Dios lo que primariamente interesa a Agustín." (F. Copleston, *Historia de la Filosofía*, Vol. 2, p. 57. Ver: p. 50-59).

Su obra más conocida es la titulada "Las Confesiones". En ella, Agustín narra su vida, "confesándose" en un diálogo con Dios. Es notable la riqueza de su contenido: literario, psicológico, religioso, filosófico, teológico. Y todo expresado de una manera apasionada y espiritual a la vez. Agustín nos revela lo que fue él "en sí mismo y por sí mismo" —como dice en sus Retracciones— o sea, un pecador necesitado de la gracia divina. Son las confesiones de un hombre ilustrado, situado en las postrimerías del Imperio romano, el cual, pasando por una vida licenciosa, experimenta, en lo más íntimo, que Dios lo busca y lo salva. El resultado de esta conjunción de gracia y libre albedrío, es un Santo Doctor de la Iglesia, que va a iluminar todo el pensamiento cristiano del futuro.

• Preocupación fundamental centrada en el hombre, en su rebeldía

También es famosa "La Ciudad de Dios", donde el autor desarrolla los elementos esenciales de una filosofía de la Historia. La historia del hombre se realiza dentro de la historia de la salvación, como el combate, en gran parte oculto, entre la fe y la incredulidad. Los hombres se dividen en dos clases: los que aman a Dios, y los que se aman y buscan sólo a sí mismos. Los primeros son los que pertenecen a la Ciudad de Dios; los segundos, a la ciudad terrena. Con lo cual se ve cómo siempre San Agustín mantiene su preocupación fundamental centrada sobre el hombre (y las ciudades de hombres), en su relación positiva o negativa con Dios.

San Agustín también escribió amplios y profundos tratados teológicos (*Sobre la Trinidad...*); comentarios a las Sagradas Escrituras (*Comentario al Evangelio de San Juan...*); escritos contra diversas herejías (*Contra el Maniqueísmo, contra el Pelagianismo...*). Sus *Cartas y Sermones*, que explicitan familiarmente su vida interior, son de mucho valor y numerosos: 500 y 217, respectivamente.

c) La preocupación fundamental

Hay filósofos cuyo pensamiento poco tiene que ver con su vida, de tal modo que podemos prescindir de ella sin perder nada importante. Con San Agustín pasa algo distinto. Su pensamiento es la expresión de lo que su existencia concreta le ha ido deparando. Y la vida fue deparando a San Agustín una profunda experiencia religiosa. Así, cuando se pregunta qué es la Filosofía, él mismo nos responde de una manera plena: Si el nombre de "filósofo" significa "amor a la sabiduría", y siendo el Dios Creador de todo, la verdadera Sabiduría, es evidente que el auténtico filósofo es el "amador de Dios". (*La Ciudad de Dios*, VIII - 1: BAC, T. XVI - p. 411).

¿De qué Dios se trata? Del Dios revelado por la Historia de la Salvación que culmina en Cristo. Porque San Agustín es ante

todo un teólogo, pero un teólogo profundamente especulativo, que trata de comprender en lo posible, los datos revelados por Dios. Y para esto, necesita "filosofar" también en el sentido estricto del término. Lo cual significa que, lo que podemos llamar la "filosofía" de San Agustín, se encuentra dispersa en toda su inmensa obra teológica. Quizás sea posible aislarla. Lo que haremos es elegir algunas líneas de su riquísimo pensamiento, espiando entre sus sentencias más representativas para nuestra Introducción a la Filosofía, según nuestro plan.

Tres grandes temas constituyen la preocupación fundamental de San Agustín: el hombre, Dios, y el Dios-hombre, o sea, Jesucristo. Estos tres temas son en él inseparables, pues no se puede pensar al hombre sin pensar a Dios, y no se puede pensar a Dios y al hombre, sin pensar en el Dios-hombre, que es Cristo. (Ver: V. Capánaga, *Pensamientos de San Agustín*, p. 24-28).

El tono afectivo con que San Agustín trata estos temas, constituye otra de sus características esenciales que podemos considerar como animando su preocupación fundamental. "El peso mío es mi amor; por el peso de mi amor soy llevado adondequiera que voy." Nuestro autor nos confiesa algo muy importante, y nos explica que, así como el cuerpo, por su propio peso, va a su centro, siguiendo la ley de la gravedad, y así como el aceite derramado debajo del agua, sube a la parte superior, así el amor lleva al hombre a seguir lo que ama. El amor es como el pie del alma: cuando es malo, se llama codicia o libido, cuando es bueno y recto, dilección o caridad. Pues por el amor nos movemos como hacia el lugar a donde tendemos por nuestros afectos. Por eso, para conocer a los hombres o a los pueblos, hay que preguntarnos qué aman. Y no se llama con razón hombre bueno al que "sabe" lo que es bueno, sino al que "ama" lo que es bueno. (*La Ciudad de Dios* XI, 28).

Pero entonces, todo el problema de la moral estará en amar rectamente. Y el problema del mal no consiste en que las cosas sean en sí malas, sino en que el hombre las ama desordenadamente.

“Amando a Dios asciendes; amando al mundo (pecador), te hundas.” Ama para que veas, pues no es cosa de poco valor lo que se ha de ver: verás al que hizo todo lo que amas. Porque en definitiva, San Agustín dialoga con su Dios diciéndole: “Nos hiciste para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti.” (*Confesiones* I, 1). (Ver: *Pensamientos*, N° 101 - 111; 422. 429).

d) El conocimiento del hombre

San Agustín se admira ante la maravilla que es, sobre todo, la interioridad espiritual del hombre. “El hombre mismo, que se admira, es grande maravilla.” Entonces, desca conocerse, y expresa su doble aspiración inseparable: “Conózcame a mí, conózcate a Ti (mi Dios).”

Pero esta ocupación de conocerse a sí mismo, no resulta fácil. De hecho los hombres tienden al olvido de sí, atraídos por las cosas exteriores del mundo. De este modo, ese convertirse hacia la propia interioridad, se le hace un “trabajo muy duro.”

Cuando San Agustín se pregunta ¿qué es el hombre?, tiende a responder de una manera concreta, encarnada en su propia situación. Y la pregunta se transforma en esta otra: ¿“Qué soy yo, Dios mío?” Entonces responde: Soy hombre, uno de tantos, es decir, soy una vida varia, multiforme en tensiones. Aquí están el cuerpo y el alma, uno exterior, la otra, interior. Pero mejor es lo interior.

¿Qué lugar ocupa el hombre en el mundo de los seres? Aquí Agustín concibe una escala jerárquica: Dios Creador hizo al hombre animal racional, compuesto de alma y cuerpo, participando del ser (que también tienen las piedras), y de la vida vegetal, y de la vida sensitiva (que también poseen las plantas y animales), y sobre todo, de la vida intelectual (propia de los ángeles). Así, el hombre es un ser intermedio, entre las bestias y los ángeles. Ahora bien, lo importante es notar que el hombre, para poder

regir lo inferior, debe someterse a la instancia superior, que es Dios. Sin someterse a la voluntad de Dios, el hombre no puede dominar verdaderamente a lo creado. (*Pensamientos*, N° 1 - 16).

La dignidad del hombre es expresada principalmente bajo la idea bíblica del hombre como “imagen de Dios”.

Señor: nos hiciste a imagen y semejanza tuya; tu rostro está impreso en nosotros; nos has acuñado como moneda tuya.

La imagen de Dios está dentro, no en el cuerpo; está en el entendimiento, en la mente, en la razón que investiga la verdad. Está donde están la fe, la esperanza y la caridad. Allí tiene Dios su imagen. También el hombre fue hecho a imagen del Creador, en cuanto, por su inteligencia, domina a todos los animales de la tierra. (*Pensamientos*, N° 143. 157. 153).

Pero esta imagen de Dios en nosotros fue oscurecida y deformada a causa de nuestros pecados. Y sólo puede renovarse con la ayuda precisamente del que la ha impreso (Dios), de modo que, reesculpiéndose la imagen de Dios en el alma, podemos volver al tesoro divino, porque ya nos hemos convertido en auténticas “monedas de Dios.” (*Pensamientos*, N° 164).

Desde el punto de vista filosófico, podemos afirmar que San Agustín, en su concepción del hombre, conserva una actitud platonica, ya que habla a veces del alma como de una substancia adaptada para “servirse de un cuerpo mortal y terreno”. (De moribus Eccl. 1, 27.52). Así, el cuerpo parece ser un mero “instrumento” del alma. Con todo, en sus últimas obras, y por influencia de la revelación, San Agustín llega a expresiones donde se refuerza más la “unidad” del alma y cuerpo en el hombre.

e) El conocimiento de Dios

El alma, creada por Dios, es lo más sublime que existe en el mundo. Por ella, el hombre puede conocer a su Creador, puede

distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto. Nada hay más poderoso en el mundo que esta criatura que se llama la mente racional. Es más viva la centella del pensamiento humano, que el esplendor del sol que brilla. (*Pensamientos*, N° 34 - 52).

Ya que se trata de "conocer", San Agustín se enfrenta aquí con la necesidad de refutar el escepticismo de su tiempo. En efecto, los académicos (que eran escépticos), negaban la capacidad del hombre para conocer con certeza la verdad. Entonces San Agustín presenta la verdad que le parece más inmediata y evidente, de la cual nadie en su sano juicio puede dudar: "Existimos, conocemos que existimos y amamos este ser y este conocer. Y en las tres verdades apuntadas, no nos turba falsedad ni verosimilitud alguna. ... Estamos certísimos de que existimos, de que conocemos y de que amamos nuestro ser. En estas verdades, me dan de lado todos los argumentos de los académicos que dicen: ¿Y si te engañas? Pues, si me engañó, existo. ("Si enim fallor, sum"). El que no existe no puede engañarse, y por eso, si me engañó, existo." (*La Ciudad de Dios* XI, 26: BAC, T. XVI - p. 631).

En otro pasaje, San Agustín acopla la vida y el entendimiento: está claro que existo, lo cual implica que también está claro que vivo y que entiendo. En consecuencia, el hombre está cierto al menos de tres cosas: que existe, que vive, que entiende. (*Del libre albedrío* II, 3: BAC, T. III - p. 319-321).

De este modo, queda refutado el escepticismo, pues todo hombre puede conocer con certeza al menos estas verdades indubitables. Notemos que en este enfoque, Agustín anticipa a Descartes, quien retomará este camino con su famoso "Pienso, luego existo". Pero los contextos respectivos son muy diferentes tanto histórica como filosóficamente. Tampoco se puede hablar de una dependencia directa.

Ahora bien, una vez refutado el escepticismo, San Agustín se concentra en la interioridad de su alma. Allí descubre que la

verdad y la certeza residen, no en el conocimiento sensible, sino en el conocimiento intelectual. En efecto, sólo en este último percibe verdades que son eternas, necesarias e inmutables. Pero siendo el espíritu humano temporal, contingente y mutable, ¿dónde pueden estas verdades encontrar su último fundamento, sino en una realidad también eterna, necesaria e inmutable? De esta manera San Agustín encuentra a Dios, a partir del mundo interior del pensamiento como Realidad espiritual, viviente y personal, superior al pensamiento y, con mayor razón, a todas las realidades corporales. Porque el espíritu humano, que es lo más alto de los seres que conocemos, no puede ser la razón suficiente de los caracteres esenciales de la verdad objetiva que de hecho capta. Tal "vía" o itinerario de llegar a Dios, puede ser llamado un "realismo interior" (F. Cayré). (Ver: *Del libre albedrío* II, 12-15: BAC - p. 367-379). (Ver: A. Lang, *Introducción a la Filosofía de la Religión*, p. 261-268).

Esta concepción del conocimiento y del camino interior para encontrar filosóficamente a Dios, implica lo que se ha llamado la doctrina agustiniana de la "iluminación". En efecto, ya sabemos que los caracteres de eternidad, necesidad e inmutabilidad de nuestras ideas, trasuntan la existencia de Dios: en otras palabras, podemos afirmar que Dios "ilumina" nuestra inteligencia, creando los caracteres trascendentes de nuestro conocimiento intelectual. Dice San Agustín que no podemos percibir la verdad inmutable de las cosas, a menos que éstas estén iluminadas como por un sol. Esa luz que ilumina la mente, procede de Dios, en la cual luz, y por la cual, y a través de la cual luz, se hacen luminosas todas las cosas en cuanto captadas por la inteligencia. ("Deus, intelligibilis lux, in quo et a quo et per quem, intelligibiliter lucent omnia." *Soliloquios* I, 1: BAC - p. 500).

El sentido de esta comparación en San Agustín, teniendo en cuenta también otros textos, parece ser el siguiente: así como la luz del sol hace visibles a los ojos las cosas corpóreas, así la iluminación divina hace visibles a la mente las verdades, en

cuanto eternas, necesarias e inmutables. Por tanto, la mente ve, no la iluminación misma, ni tampoco a Dios mismo (como los ojos no ven la luz misma o el sol mismo), sino las características de eternidad, necesidad e inmutabilidad en las verdades, las cuales características son hechas visibles a la mente, por la actividad de Dios. ¿De qué actividad de Dios se trata aquí? ¿Basta el concurso ordinario que Dios presta a toda actividad de las criaturas, o hace falta algo más? San Agustín piensa que se trata de algo más que el concurso ordinario de Dios. Por eso creyó necesario postular una especial acción "iluminadora" de Dios para la realización en la mente de ideas eternas, necesarias e inmutables. En cambio, Santo Tomás no lo creyó necesario, pues para él, la mente humana tiene en sí (por supuesto que dada por Dios creador), la potencialidad activa de abstraer la idea universal a partir de lo particular sensible. Aquí se puede vislumbrar la influencia diferente, platónica y aristotélica, respectivamente.

Sumario 10. San Agustín

- a) *Primeros contactos entre el Cristianismo y la Filosofía:* Un hecho central en la Historia; por qué el Cristianismo fue necesitando de la Filosofía; los principales Apologistas cristianos y sus obras; vigencia del Platonismo.
- b) *Vida y obras de San Agustín:* Etapas de su formación; la conversión al Cristianismo; temas de sus escritos más conocidos.
- c) *La preocupación fundamental:* Pensamiento y vida; el Dios de San Agustín; características del pensamiento agustiniano; quién es el verdadero filósofo; el peso del amor.
- d) *El conocimiento del hombre:* La maravilla de la interioridad espiritual; el lugar del hombre en la escala de los seres; la dignidad del hombre; el hombre, moneda de Dios; una imagen deformada por el pecado; consideraciones sobre la actividad platónica de San Agustín.
- e) *El conocimiento de Dios:* Refutación del escepticismo; pasos del encuentro con Dios a través de la interioridad espiritual; la doctrina agustiniana de la "iluminación"; comparación con Santo Tomás a este respecto.